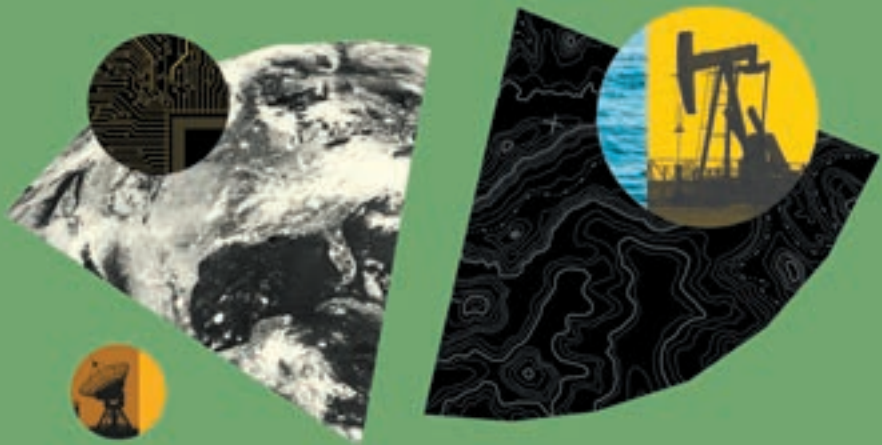




FERNANDO VALLADARES

LA RECIVILIZACIÓN

**Desafíos, zancadillas y motivaciones
para arreglar el mundo**



booket

Fernando Valladares

La recivilización

*Desafíos, zancadillas y motivaciones
para arreglar el mundo*



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Fernando Valladares, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Marc Cubillas

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.578-2025

ISBN: 978-84-233-6802-0

Impreso en España

ÍNDICE

Introito	13
1. Descifrando el problema	23
En guerra con los demás, en guerra con uno mismo...	26
Creced y multiplicaos.....	34
Cuando comer pasa de necesidad a negocio.....	46
Cuando producir energía se nos va de las manos.....	56
El cambio climático impacta en ecosistemas y personas.	
Y viceversa	70
Pandemias autoinfligidas	80
La esperanza de vida estancada: la medicina no compensa	
las tropelías ambientales.....	83
El modelo socioeconómico actual empobrece y mata..	86
La fiesta ya no nos hace tanta gracia	97
¿Llega el mensaje científico? ¿Cuál? ¿Cómo de alto y cómo	
de claro?.....	101
2. Las decisiones básicas	111
¿Qué queremos? Atención al orden de los factores, que	
altera el producto	115
¿Nos vamos a dejar ayudar por la ciencia?.....	122
El decrecimiento es inevitable, solo podemos planificarlo	
o dejar que sobrevenga.....	129

Tres escenarios para elegir: extinción, gobernanza autoritaria o transformación	137
3. Ocho desafíos que requieren hablar claro.....	155
Tenemos serias dificultades para hablar claro.....	158
Desafíos naturales: la letra pequeña del contrato con la naturaleza	165
Desafíos sanitarios: las respuestas no están en los hospitales	175
Desafíos energéticos: ¿cuánta energía necesitamos realmente y en manos de quién estamos?	184
Desafíos económicos: el plan A no funciona, pasemos al B	189
Desafíos políticos y jurídicos: corrupción, obsolescencia científica, fraude de ley, cortoplacismo y bien común. .	203
El desafío de la democracia, la ideología y la religiosidad	213
Desafíos sociales I: brechas culturales y generacionales que reflejan el fracaso del sistema educativo	226
Desafíos sociales II: desobedecer o no desobedecer	230
4. Las zancadillas que nos impiden avanzar	
Zancadillas como autoemboscadas	243
La negación de la realidad	245
El círculo del milagro.....	256
La presión del egoísmo.....	261
El tecnoptimismo y el ecomodernismo	268
La hipocresía organizada, los paripés y el <i>greenwashing</i> .	273
La huida hacia delante y nuestra deriva psicológica hacia la autodestrucción.....	284
5. ¿Qué puedo hacer yo para cambiar el mundo?.....	291
Entender el cambio que necesitamos gestionando bien las emociones	295
Poner el foco de manera cabal en el ser humano y en la acción individual y colectiva	305
Repensar la amabilidad y la convivencia: del <i>ikigai</i> al <i>ubuntu</i>	317
Viajar al ecocentrismo y al mundo natural.....	329
Desplegar sensatez y reflexión	337

6. ¿Arreglaremos el mundo por fin?	349
¿Sabremos gestionar la paleomelancolía y la distorsión del pasado?	353
¿Seremos capaces de posponer nuestra extinción?	360
¿Lograremos simplificar sin perder las propiedades de la complejidad?	371
Soluciones para una buena Tierra	378
La recivilización: llegó el momento de revertir procesos perversos	383
Epílogo	391
Cómo surgió este libro, qué ocurrió mientras lo escribía y qué me pasó al terminar	395
Agradecimientos	403
Material complementario y referencias	409
Lecturas recomendadas	411
Bibliografía y recursos en la web	412
Sobre las notas citadas en el texto	413

Lluvia tóxica

—¡Mamá! ¡Dice mi amiga que ni se te ocurra usar el agua de lluvia para nada, que está contaminada!

La madre llevaba años recogiendo el agua de lluvia en la azotea para regar sus tiestos y lavar el suelo y los trastos. Últimamente la filtraba y la estaba usando para cocinar también, sobre todo desde que la sequía empezara a traer más y más cortes de agua.

—Pero ¿qué dices, niña? ¿Que no podemos usar el agua de lluvia? Vaya historia... Espera... ¡A ver, le voy a preguntar a tu hermana! La bióloga de la familia algo sabrá, digo yo.

»Raquel, ¿qué es eso que dice tu hermana de que el agua de lluvia está contaminada?

—Sí, mamá. Hace tiempo que en las redes y en los periódicos están contando que un estudio científico ha encontrado PFAS en el agua de lluvia de todo el planeta.⁹ Si la lluvia de la Antártida o del Himalaya está contaminada, ¡cómo estará la de Cáceres! Tiene razón Clara, mamá, no la uses más para cocinar.

—Pero ¿qué dices, Raquel? ¿Llueva donde llueva están esas PFAS? Por cierto..., ¿qué son?

—Ay, mamá, qué pesada eres... yo qué sé... Son unas moléculas pequeñas que se quedan muchísimo tiempo en el medio ambiente, que se incorporan a las nubes y caen por todos los si-

tios con la lluvia. Nos enferman, ya sabes, producen cáncer y esas cosas. Estados Unidos es el principal productor mundial de PFAS, pero a la chita callando se va de rositas, aquí nadie apechuga cuando los científicos demuestran los estropicios del capitalismo.

—Pero, Raquel, ¿dónde lees esas cosas? ¿Estás segura de lo que dices? ¿La lluvia de todo el mundo? ¿Y por qué tienes siempre que acabar criticando el capitalismo?

La madre, entre confundida y contrariada, musita para sí: «¿Qué tendrá que ver el capitalismo con las PFAS? Estos jóvenes lo lían y lo politizan todo. Pues no va y me dice el otro día que todos los europeos tenemos bisfenol —o algo así— en la sangre,¹⁰ que estamos todos envenenados y que por eso los niños no aprenden en el colegio. ¡Venga ya! Si no aprenden será porque no estudian. Si es que... demasiados grillos en la cabeza es lo que tienen los adolescentes y toda esta generación que nos va a enseñar hasta cómo tener hijos».

—Mamá, que te estoy oyendo. La verdad, yo ya no sé cómo contarte las cosas... Estoy harta de que os hayáis cargado el planeta, pero sobre todo no soporto que no os enteréis de nada. Es flipante lo vuestro. Me voy a casa de Jaime. No me esperéis a cenar.

EN GUERRA CON LOS DEMÁS, EN GUERRA CON UNO MISMO

La paz no puede mantenerse por la fuerza. Solamente puede alcanzarse por medio del entendimiento.

ALBERT EINSTEIN, 1945

La presión demográfica, la escasez de recursos y los diversos factores de estrés a los que el ser humano ha sometido

a la biosfera y a su propia especie dan lugar a multitud de conflictos que aún hoy, en pleno siglo XXI, se resuelven de forma violenta. El año 2022 arrancó con diez conflictos bélicos activos importantes, la mayoría en África y Oriente Próximo, a los que se sumó la injustificable y brutal invasión militar de Ucrania por parte del ejército del presidente ruso Vladímir Putin, ante la incrédula mirada de millones de personas en todo el mundo, especialmente europeos, que confiaban en que la diplomacia podría resolver el problema. Las cosas no mejoraron al año siguiente. Durante décadas se había ido creyendo en una Europa sin guerras. Pero parece que no es así, y muchos nos volvimos a hacer la pregunta de si la guerra es intrínseca al ser humano, y por tanto inevitable, o si podemos aspirar de forma realista a una resolución pacífica de los conflictos.

Recordando un poco la filosofía que algún día nos enseñaron en el colegio, nos viene a la cabeza aquello de «*Homo homini lupus*», el hombre es un lobo para el hombre, la idea introducida por Thomas Hobbes que parece justificar la mezquindad moral a la que nos conduce el egoísmo, y que se enfrenta a la propuesta de Jean-Jacques Rousseau de que existe una predisposición natural humana a la cooperación. Para Rousseau, el hombre nace bueno y es la sociedad quien lo corrompe. Hobbes ha recibido mucho apoyo por parte de la academia, ya que han sido muchas las voces que presentan la agresividad como parte intrínseca de la naturaleza humana y justifican así la necesidad de la guerra para el control social de las poblaciones. Por el contrario, al bueno de Rousseau se le ha tachado a menudo de ingenuo. Sin embargo, la guerra y la violencia podrían ser evitables, y hay muchas piezas de información que abren esperanzas en este sentido. Piezas que vienen de la historia y piezas que vienen de la biología. Hagamos un breve repaso de ellas para poder argu-

mentar en favor de un hombre bueno, aunque las cosas sean algo más complejas de lo que planteaba Rousseau hace doscientos cincuenta años.

En nuestros parientes próximos, la guerra no es una opción común, y entre los primates más cercanos tenemos por un lado el bien conocido caso del chimpancé, que resuelve conflictos mediante una violencia sin paliativos, y el de su primo hermano, el bonobo, que hace las cosas de manera muy distinta: mientras los chimpancés recurren al poder para resolver los problemas sexuales, los bonobos recurren al sexo para resolver los problemas de poder.¹¹ Esta gran diferencia en dos especies muy próximas entre sí y muy próximas también a nosotros permite apostar por la existencia de alternativas evolutivas a la violencia que pueden estar biológicamente a nuestro alcance. La biología, por tanto, no cierra del todo las puertas a otras opciones, y las guerras y la violencia no serían ineludibles para nuestra especie.

La historia humana y la antropología revelan un cuadro similar al de la biología. Por ejemplo, los humanos más antiguos, aquellos cazadores-recolectores del Paleolítico, practicaban una forma de reciprocidad generalizada en la que cada uno aportaba lo que tenía sin esperar nada a cambio. Han llegado hasta nuestros días pueblos como los bosquimanos del Kalahari que han conseguido mantener su modo de vida ancestral, similar al de esos antepasados paleolíticos. Los bosquimanos contrastan con pueblos próximos en el espacio, pero mucho más modernos, al practicar una cultura prosocial basada en los cuidados, en una reciprocidad generalizada que practican sin esperar nada a cambio.

El antropólogo Raymond Kelly argumenta que las sociedades sin guerra existen y que no son excepcionales entre los ejemplos estudiados por los antropólogos modernos.¹²

Pero tampoco son exactamente pacíficas. Las sociedades sin guerra tienen dos características no violentas: su organización es no coercitiva y la educación de los niños es permisiva. Según Kelly, su origen está relacionado con la aparición de las lanzas, hace aproximadamente un millón de años. Adentrarse en un territorio vecino cuyos habitantes dispusieran de estas armas letales entrañaba un altísimo riesgo, así que su aparición obligó a reevaluar la relación entre el beneficio y el coste de estas incursiones. Ante tal riesgo caben dos estrategias: delimitar los territorios con zonas neutrales que son evitadas, y cuyos recursos no son aprovechados por nadie, o bien desarrollar políticas de no agresión mutua. Por seguir con las analogías entre humanos y primates, en los chimpancés se observa una cierta tendencia a evitar las fronteras por el riesgo de encontrarse con enemigos hostiles, algo que no sucede con los pacíficos bonobos. Los resultados de algunos estudios comparativos de Kelly y otros antropólogos revelan una mayor densidad de población en condiciones de no agresión, ya que los recursos están mejor aprovechados. Esto demuestra que en el ser humano no hay instintos irrefrenables de matar, pero también que estamos lejos de las visiones paradisíacas del «buen salvaje».

Otro argumento en favor de la idea de que la violencia y la competencia no son las únicas alternativas para las sociedades humanas vendría dado por nuestra biología reproductiva. La dificultad de la crianza en humanos, sumada al largo periodo de dependencia de las crías humanas y su elevadísima demanda energética, favorecieron la cooperación frente al egoísmo, y el cuidado de los mayores apareció hace muchos miles de años en humanos, denisovanos y neandertales. Algunos antropólogos argumentan también que las alianzas entre clanes en una sociedad sin guerra favorecen el intercambio de los individuos proso-

ciales, y que ello es una forma eficaz de disminuir la consanguinidad en estos clanes y constituye por tanto una poderosa estrategia evolutiva. Criar a un hijo dejó de ser una tarea exclusiva de la madre para convertirse en un asunto que involucraba a todo el clan. Y, en esta línea, sabemos que todo el clan humano se dedicaba al cuidado de discapacitados y enfermos, un aspecto fascinante desvelado por antropólogos como Erik Trinkaus.¹³ Esta cooperación grupal para ayudar a los más vulnerables es algo extraordinario y ha dejado una profunda huella en los ancestros de nuestro linaje.¹⁴

Todo cambió hace unos 12 mil años, con el fin de las glaciaciones y el inicio de ese periodo tan idealizado que hemos llamado Neolítico. El ser humano introducía un cambio radical en su modo de vida al abandonar la recolección, la caza y la pesca como únicos medios de subsistencia para convertirse en productor de alimentos por medio de la agricultura y la ganadería. El modelo paleolítico de cooperación solidaria que favorecía una sociedad sin guerra fue dando paso a un modelo transaccional de «doy para que me des», desplazando el punto de equilibrio entre el egoísmo y la empatía. Se combinaron dos factores letales para la cooperación: organizarnos en comunidades muy por encima del número de Dunbar, el número máximo de individuos capaces de mantener relaciones estrechas entre sí, y la división de estas comunidades por el desarrollo de oficios diferentes. Ambas cosas deterioraron los lazos de empatía. Además, excedentes alimentarios y nuevos productos que mejoraban la calidad de vida harían florecer sentimientos catalizadores de conflictos: el egoísmo, el miedo, la ambición y el poder.

El proceso no pararía de amplificarse. Una población en crecimiento, una mayor desconexión afectiva, el miedo y la ambición llevaron a la violencia del Neolítico. Los pri-

meros ataques comprobados a un asentamiento, es decir, una de las primeras guerras documentadas, se produjo en Sudán hace unos 14 mil años. La violencia entre humanos alcanzó su cénit hace unos 7 mil años, cuando se llegó a un colapso en la diversidad genética masculina, un auténtico cuello de botella en el cromosoma Y debido a que en aquella era violenta solo sobrevivía un hombre por cada diecisiete mujeres.¹⁵

Surrieron ciudades defendidas por ejércitos profesionales, lo cual institucionalizó la guerra, algo que se mantendría hasta nuestros días. Simplificando deliberadamente la situación, podemos decir que la paz desapareció en el Neolítico. La gran revolución neolítica acabó con el modelo prosocial del Paleolítico, reemplazándolo por una cosificación de personas, animales y plantas, hasta llegar a la esclavitud, uno de los episodios más oscuros de esta fase violenta de la humanidad en la que la vida tuvo muy poco valor. Tras la Revolución Industrial esta cosificación se ha generalizado en todo el planeta, que ha sido desde entonces salvajemente explotado y convertido en un vertedero global. Abolida la esclavitud, la sociedad actual ejerce nuevas formas de lo mismo, el sometimiento y la pérdida de libertad, con un contrato social injusto y opresivo igual o más esclavizante que cuando se llevaba mano de obra encadenada de África a América. Como si la actual crisis medioambiental no fuese suficientemente peligrosa por sí misma para toda la vida en la Tierra, humana o no, la insensatez de los humanos sigue apuntando a la guerra como una forma de resolver conflictos. Evidentemente, toda esta violencia no nos hace ni felices ni sanos.

Parar la guerra es equivalente a luchar contra la cosificación de la vida y a erradicar otras lacras sociales como el racismo, la xenofobia, la homofobia y demás tipos de discriminación entre las personas. La evolución y madura-

ción del feminismo en nuestra sociedad nos enseña que tenemos que reemplazar ego por empatía, competición por cooperación, agresividad por entendimiento, y equilibrar la actual violencia de una sociedad dominada por un polo masculino hiperdesarrollado.

Es evidente que la violencia y la guerra se pueden evitar, que no son una maldición biológica de la que es imposible escapar. Para pararlas hay que dar un nuevo salto evolutivo de tipo sociocultural que nos permita revalorizar la vida. Si seguimos con la metáfora de nuestros parientes más próximos, parar la guerra significaría abandonar el modelo del chimpancé y adoptar el de los bonobos. Hablamos de una auténtica revolución que se apoya en practicar el cuidado, la solidaridad, la comprensión mutua y la compasión, y que traería mucha prosperidad.

Con todo lo impresionantes y destructivos que son los conflictos violentos, hay otras guerras, menos sobrecogedoras pero más destructivas, que vienen a sumarse a las guerras entre personas. Guerras que surgen de no aceptarnos y de no querer entendernos, que hacen caso omiso del viejo aforismo según el cual la vida es demasiado breve para estar en guerra con uno mismo. Por corta y valiosa que sea la vida, con demasiada frecuencia nos afanamos en hacer cosas que van en contra de nuestra felicidad, con las que de alguna forma nos autolesionamos, y en cualquier caso no ponemos todos los medios a nuestro alcance para lograr la paz con nosotros mismos. Sabemos de la creciente lacra de los trastornos mentales, que a menudo se deben a un alejamiento del equilibrio personal, que va en paralelo con un distanciamiento de la naturaleza y que estamos favoreciendo con una forma de vida poco amistosa, planificada para satisfacer un modelo socioeconómico que no piensa en las personas y que por ello nos lastima o acaba haciendo que nos lastimemos a nosotros mismos.